

DE NOCHE JUSTO ANTES DE LOS BOSQUES

Bernard-Marie Koltès

Estabas doblando la esquina cuando te vi, llueve, no le sienta a uno muy bien esto de que se te mojen el pelo y la ropa, pero de todos modos me atreví, y ahora que estamos aquí, ahora que no quiero mirarme, tendría que secarme, volver a bajar para arreglarme – por lo menos el pelo para no ponerme enfermo -, pero bajé hace un rato, a ver si podía arreglarme, lo malo es que abajo están los gilipollas, apalancados; mientras te secas el pelo, se quedan todos juntos, sin moverse, no paran de mirarte a tus espaldas, y volví a subir – tan sólo el tiempo de mear – con la ropa mojada, seguiré así, hasta llegar a un habitación: en cuanto estemos instalados en algún sitio, me lo quitaré todo, por eso busco una habitación, porque en mi casa, imposible, no puedo volver – pero no para toda la noche -, por eso, cuando doblabas la esquina, allí, cuando te vi, me puse a correr, pensaba : nada más fácil de encontrar que una habitación para una noche, para un rato, si uno le desea de verdad, si te atreves a pedirlo, a pesar de la ropa y del mojados, a pesar de la lluvia que te deja indefenso si te miras en un espejo – pero, incluso cuando no quieres hacerlo, resulta difícil no mirarte en un espejo, con tantos como hay por aquí, en los cafés, en los hoteles, hay que darles la espalda, como ahora que estamos aquí, aquí te miran a ti, yo les doy la espalda, siempre, incluso en casa, y sin embargo todo está lleno de espejos, como por todas partes en este lugar. Incluso en los hoteles cien mil espejos te miran, hay que andarse con cuidado con ellos – porque vivo en un hotel casi desde siempre, digo: en casa por costumbre, pero estoy hablando d un hotel, excepto esta noche, esta noche no puede ser, pero aparte de eso, esa es mi casa, y cuando me meto en la habitación de un hotel, es una costumbre tan antigua, en cinco minutos me monto una casa de verdad, con muy pocas cosas, pero es como si hubiera vivido ahí siempre, se convierte en mi habitación, la de toda la vida, la habitación el la que vivo, con mis manías, tapados los espejos y alguna cosa más, hasta tal punto que, si a alguien se le metiera en la cabeza ponerme a vivir de pronto en una habitación de una casa, si me dieran un piso, arreglado, como los pisos donde hay familias, haría de él, nada más entrar, una habitación de hotel, sólo con vivir allí, automáticamente – que me den algo parecido a una pequeña cabaña, como en los cuentos, en lo más hondo de un bosque, con vigas gruesas, una chimenea grande, grandes muebles nunca vistos, cien mil años de antigüedad, nada más entrar, con muy pocas cosas y en nada de tiempo, te la dejo igual que una habitación de hotel, ahí me siento como en casa, coloco todos los muebles amontonados delante de la chimenea, disimulo las vigas, cambio el sabor de todo lo que haya, tiro todo aquello que no ha existido nunca, en ninguna parte, como no sea en

los cuentos, los olores especiales, el olor a familia, y las piedras viejas, y las maderas negras y viejas, y los cien mil años de antigüedad que carcajean de todo, que hacen que te sientas extranjero, con ellos nunca te sientes por fin encasa, lo tiro todo, la antigüedad también, porque yo soy así, no me gusta lo que te recuerda que eres extranjero, a pesar de todo, lo soy un poco, supongo que se nota, no soy del todo de por aquí – la cosa quedó clara, por lo menos, con los gilipollas de abajo amontonados a mi espalda, después de mear, cuando me lavaba el pijo – uno acaba por pensar que los franceses son todos igual de gilipollas, sin imaginación, porque no han visto nunca a nadie lavarse el pijo, mientras que para nosotros, es una antigua costumbre, mi padre me la enseñó, nosotros siempre lo hemos hecho, yo sigo haciéndolo después de merar, y cuando me lavaba, hace un rato, como siempre, en el lavabo de abajo, mientras sentía detrás de mí a todos los gilipollas ahí, apalancados, hice como que no entendía nada, totalmente extranjero, como que no entendía nada del francés que hablaban esos gilipollas, y les oía mientras me lavaba: - ¿qué estará haciendo el extranjero este? – da de beber a su pijo - ¿qué dice usted, que da de beber a su pijo? Cómo si no entendiera nada de lo que decían y, mira, yo, sigo tranquilamente, dándole de beber, para que esos gilipollas de franceses se pregunten, todos amontonados detrás de mí: ¿cómo puede beber un pijo, y en particular, cómo puede llegar a tener sed? Luego, cuando terminé, como si fuera un extranjero y no hubiera entendido nada de lo que decían, eso me resulta fácil, no soy del todo de por aquí, seguro que se nota, esos gilipollas de franceses sin imaginación, no se equivocaron, y a pesar de todo eso, salí corriendo, detrás de ti, en cuanto te vi doblar la esquina, a pesar de todos los gilipollas que hay en la calle, en los cafés, en los sótanos de los cafés, aquí, en todas partes, a pesar de la lluvia y la ropa mojada, corrí, no sólo por lo de la habitación, no sólo para pasar un rato en una habitación, salí corriendo, corrí, corrí, para que esta vez, después de doblar la esquina, no me encuentre en una calle vacía de ti, para no encontrar sólo la lluvia, la lluvia, la lluvia, para encontrarte esta vez, a ti, detrás de la esquina, y atreverme a gritar: ¡compañero!, atreverme a cogerte del brazo: ¡compañero!, atreverme a dirigirte a la palabra: ¡compañero!, dame fuego no te va a costar nada, compañero, qué asco de lluvia, qué asco de viento, qué mierda de esquina, no resulta agradable dar vueltas por aquí esta noche, pero no tengo tabaco, no es para fumar por que te decía: tienes fuego, compañero, era, compañero, para decirte: vaya mierda de barrio, vaya mierda de costumbre esta de dar vueltas por aquí (¡una forma como otra cualquiera de abordar a la gente!) y tú también andas dando vueltas, con la ropa completamente mojada, expuesto a coger cualquier enfermedad, tampoco te pido un cigarrillo, compañero, ni siquiera fumo, no te va a costar nada el haberte parado, ni fuego, ni un solo cigarrillo, compañero, ni dinero (¡para que luego te marches!, tan colgado no estoy,

esta noche), y de todos modos, tengo con qué pagar un café, te invito, compañero, mejor que dar vueltas en medio de esta luz delirante, y para que no te cueste nada, el haberte abordado así – tal vez sea una forma un poco extraña de abordar a la gente, pero al fin y al cabo no les cuesta nada (no estoy hablando de una habitación; compañero, de una habitación para pasar la noche, porque entonces incluso los tíos más legarles se cierran en banda, ¡para que luego te marches!, no hablaremos de la habitación, compañero), pero tengo algo que decirte – ven, vámonos, si nos quedamos aquí nos pondremos enfermos, seguro – sin dinero, sin trabajo, esto no contribuye a mejorar las cosas (la verdad es que no ando buscando trabajo, ni tampoco dinero, en el fondo, de verdad, no se trata de eso) es que tengo una idea, primero, tengo que decirte, a ti, a todos los que, como tú y como yo, vamos dando tumbos por esta ciudad increíble, sin dinero (pero vamos a tomar un café, compañero, te invito, no voy a decir ahora lo contrario de lo que dije antes) porque, a primera vista, ¡no es el dinero lo que, ni a ti ni a mí, nos atornilla al suelo! Mira, yo tengo una idea, compañero, para aquéllos, como tú y como yo, que no tienen dinero, ni trabajo – en el fondo, ya no busco nada de eso – es que en el trabajo, la gente como nosotros, de fuera, con los bolsillos vacíos, no contamos para nada, no tenemos peso alguno, el más leve soplo de aire se nos llevaría por delante, no podrían obligarnos a permanecer en un andamio, a menos que nos ataran: una ráfaga de aire, y despegamos, ligeros -, en cuanto a lo de trabajar en una fábrica, yo, ¡ni pensarlo!, me resulta difícil explicártelo, a mí mismo me resulta difícil comprender las cosas sin confundir nada, pero, mira, mi idea, es como – no es una religión, ni una tontería de esas, algo que se podría contar de cualquier manera sin que nadie cambie, no tiene nada que ver con la política, mucho menos con un partido ni nada parecido, o como los sindicatos, que lo saben todo, que lo han visto todo, que nada se les escapa, mira, mi idea, en todo ese lío, no tiene cabida, no, no tiene nada que ver, mi idea, no se trata de eso, para nada, tranquilo, compañero: es para defendernos, sólo para defendernos, porque es eso lo que nos hace falta, defendernos, ¿no?, tal vez pienses: a mí no, aun así, tengo: claro que he sido yo el que te ha abordado esta noche, y soy yo el que parece que necesita una habitación para esta noche (no, compañero, no te he dicho que necesitara una habitación), he sido yo el te ha pedido: compañero, dame fuego, pero no creas, no siempre el que toma la iniciativa es el más débil, enseguida me di cuenta de que tú no debía de ser muy fuerte, al verte desde allí, dando vueltas, completamente mojado, de verdad que no parecías muy fuerte, mientras que yo, a pesar de todo, aún tengo recursos, y reconozco a aquellos que no son fuertes, los reconozco de un vistazo, aunque sólo sea por esa forma de andar, nerviosa, como la tuya, la espalda nerviosa, y la manera en que movéis los hombros, tenéis algo en la forma de andar, a mí no dais el pego, en la cara, también, compuesta de pequeños

rasgos, no es que estén estropeados ni nada parecido, pero ¡si es puro nervio!, como tú: algo que apenas se nota, pero que a mí no me engaña, incluso cuando van por ahí en plan de exhibición, como hacen los chulos, pero son un manojo de nervios, gamberros con aire desenvuelto, pero salidos directamente de su madre, con todo el pecho así, en plan de exhibición, bajo la lluvia, como si la cosa no fuera con ellos, pero yo me doy cuenta enseguida de que están nervioso, no pueden disimularlo, - porque todo eso no es más que puro nervio, viene derecho de la madre, y a su madre, los gamberros pueden dejarla plantada, por mucho que hagan – en cuanto a mí, se trata más bien de la sangre, la osamenta y los músculos, todo lo que procede del padre, a mí los nervios no me fastidian nunca, porque mi padre era al revés, un tipo corpulento, uno de esos que no se ponen nerviosos de tanto pensar, que aguantan todo lo que les echen, un hombre hecho de huesos, de músculos, un hombre de sangre, le podían haber llamado: el ejecutor, y a mí también podrían llamarme: el ejecutor, y por eso, la política, y los partidos, los sindicatos estos que hay ahora, y la policía, y el ejército, todos políticos, no es eso lo que quiero, todo eso, lo tengo demasiado liado en la cabeza, y con la cabeza, te encierran en una fábrica, y yo, , eso de meterme en una fábrica, ¡ni pensarlo!, de todos modos, siempre terminan por encerrarte en un a fábrica, mientras que mi idea consiste en esto: un sindicato a escala internacional – eso de la escala internacional es muy importante (ya te lo explicaré luego, a mí mismo, me resulta difícil comprenderlo todo), - pero nada de política, sólo defensa, mira, yo estoy hecho para la defensa, en eso, me meteré afondo, seré el que ejecuta, en mi sindicato internacional para la defensa de los gamberros endeble, salidos directamente de la madre, con apariencia de chulos, puro manojo de nervios, que andan por ahí en plan de exhibición, dando vueltas, solos en plena noche, expuestos a coger cualquier enfermedad, y entonces me doy cuenta de lo poco que sirven las madres como las vuestras, mira, de qué te ha servido tu madre: te da un sistema nervioso, y luego te suelta, en cualquier esquina bajo esta mierda de lluvia, endeble, confiado, porque también me he dado cuenta de que no desconfías de nadie, pequeño y nervioso como eres, no desconfías de nadie, pero no vayas a pensar que los cabrones no andan por ahí, que se han olvidado de ti, yo sé que están aquí mismo, en tono nuestro, y hace un rato, yo mismo he tenido un encontronazo con ellos, por poco me cogen, de confiado que estaba como tú, mira, ahora los veo por todas partes, están ahí, los muy cabrones, nos obligan a llevar esta vida: yo cría que eran invisibles, que estaban escondidos ahí arriba, por encima de los jefes, de los ministros, por encima de todo, con jetas de matones, de violadores, de rapaces, jetas que no son jetas de verdad como la tuya o la mía, sin nombre: el clan de los estafadores, de los sádicos, de los viciosos impunes, fríos , calculadores, técnicos, el pequeño clan de los cabrones técnicos, los que deciden: a la

fábrica y ¡a callar! (y yo, eso de la fábrica, ¡ni pensarlo!), la fábrica, joder ¡y si me da la gana de joder, ¿qué pasa?), la fábrica, joder, así se llevan el gato al agua, ese hatajo de cabrones que deciden por nosotros, desde arriba, organizados, calculadores, técnicos a escala internacional - ¡la escala internacional! Verás, mi idea es un sindicato a escala internacional: eso de la escala internacional es importante, ya te lo explicaré luego -, pero ahora ¡atrapados!, o la fábrica, o volvemos ligeros, como tú, como yo, para dejarnos arrastrar por el más leve soplo de aire, porque: ¿qué podemos hacer, ni tú ni yo, mientras ellos controlen los ministerios, la policía, el ejército, los jefes, la calle, las esquinas, el metro, la luz, el viento, mientras puedan hacernos desaparecer de un escobazo, desde ahí arriba, cuando les dé la gana? ¿cómo plantarles cara, como no sea con mi idea de sindicato? – tú andas confiado, como yo hace un rato, pero ahora mismo están ahí, están buscándonos, se han bajado y por poco me cogen, porque los más cabrones de todos adoptan las formas más inverosímiles, si por lo meneos se les viera venir, si se les pudiera reconocer por la pinta, si pudieras darte cuenta de con quién te la estás jugando, y pudieras liarle a palos, pero prefieren provocarnos, con unas pintas que uno no es capaz de resistir, hasta el más cabrón te la mete doblada – pero ¿cómo adivinarlo? Es imposible, si se me hubiera ocurrido, la habría inventado así, tal como la veía cuando la abordé: pequeña, frágil, rubia, con reflejos y rizos, sin muchos reflejos ni demasiados rizos, lo justo para que uno se lo trague todo, y que no tenga más remedio que salir corriendo tras ella, y cuando le dirigí la palabra: no tendrás fuego, por favor, compañera, perdona, unos ojos que te miran como sólo lo ves en sueños, y que brillan exactamente como yo lo habría imaginado, de alucine, una tarde desierta en la que no pasa nada, pero hay otras tardes, a pesar de la lluvia, a pesar de esta mierda de luz y la noche que lo trastornan todo , con chicas por ahí – no sólo una, por casualidad, sino una tras otras, cada vez más guapas, pero no simplemente guapas, guapas como no eres capaz ni de soñarlo, de volverte loco por momentos, cada vez más, chicas acojonantes, uno no sabe cuándo se va a terminar la cosa, sigue subiendo, empiezas a alucinar, ya no piensas en nada, porque, ahí mismo, delante de ti, pasa cada chica de esas, y cuando estás convencido de que la cosa va cada vez mejor, que te vas a volver aún más loco, a fuerza de mirarlas, en ese momento se presenta una de éstas, y hay que dejarlo todo y salir corriendo tras ella, no hay más remedio que hablarle, con sus cabellos, los ojos debajo, una pinta un poco frágil y sin muchos rizos: compañeros, ¡compañero! – mira, es ahí, justamente: compañero, ¡compañero! -, ahí es donde nos aguardan, ahí nos cogen, como si fuéramos gilipollas: si hubiera sabido que era del otro bando, que era una cabrona – ven conmigo, gatito,, esta noche vamos juntos a cazar ratas -, si se hubiera callado la boca, yo no habría sabido nunca lo que una chica con una pinta como la suya es capaz de largar (antes, cuando

trabajaba, yo creía que , en el fondo, todo el mundo, incluidas las chicas que andan por ahí de noche, era parecido, uno podría hablarles, era sólo cuestión de atreverse, todo el mundo salvo el pequeño clan de cabrones con jetas de estafadores, pero ahora, tengo la impresión de que todo el mundo se ha cambiado de bando, no pienso salir corriendo detrás de una chicas y que me entre la chifladura, no pienso volverme majara de nuevo), mira, ella no me reconocía, por esta luz que nos hace parecernos tanto unos a otros – cazaremos ratas, gatito, y, luego, ¡te quedarás conmigo! -: me lo dijo mientras se acercaba cada vez más, en aquel café increíble adonde me había llevado (cogido de la mano, pegada a mí, dispuesta a pasar toda la noche conmigo, a llevarme a su habitación, yo le gustaba, seguro, antes de que me hartara de escuchar sus marranadas, antes de que ella se hartara de lo que yo decía, nos gustábamos y todo), pero mira que no saber quién era yo – la nueva fuerza, somos nosotros, me dijo, y yo debía formar parte de esa fuerza -, por mí, no había ningún inconveniente, al contrario, por culpa de esa mirada que te dejaba alucinado, pero los más cabrones de toda la morralla técnica e internacional han adoptado formas como esa, todo el mundo ha terminado por cambiarse de bando, incluidas las chicas más acojonantes, de esas que te volverían loco si se estuvieran calladas, pero me entró miedo de las cosas que decía, me entro miedo de la forma en que me las decía, no podía dejar de escucharla, todavía no me había reconocido, en aquel café increíble – ven con nosotros, gatito – y los habría seguido, como un gilipollas, si no se me hubiera escapado, justo a tiempo (más fuerte incluso de lo que me habría gustado) quien era yo: compañera, esto es lo que soy, extranjero, miembro del sindicato internacional, y todo lo demás, y ahora cierra el pico o te rompo la cara – y se la hubiera chacado, de no haber rondado por allí sus amigos, a la caza del moro el viernes por la noche, un comando de niños pijos armados hasta los dientes, yo, solo extranjero contra todos ellas, ¿dónde me había ido a meter, como un gilipollas?, con esa luz que me había confundido, pero ¿y si ella, antes de que yo lo largara todo, justo a tiempo, a la fuerza, se hubiera puesto a cantar?, ¿y si en vez de vomitarme todo aquello (porque se fiaba de mí) me lo hubiera dicho cantando?, me habría podido cantar lo que le hubiera dado la gana, me sentía incapaz de reaccionar, le habría dicho que sí a todo, con sólo escuchar el sonido de la voz que debía de tener si se hubiera puesto a cantar, mira, yo estaba dispuesto a disimular lo que soy, me habría afiliado a cualquier cosa, fuerzas nuevas, fascista, monárquicos, occidente, cazadores de moros, de ratas, sádicos organizados, estafadores internacionales, habría dicho lo que le hubiera apetecido, había dado caza a cualquier cosa con tal de que me lo hubiera pedido, porque era guapa cono no es posible describirlo, por lo que me prometió que haríamos, juntos, después de ir de caza, porque no había tenido más remedio que dejarlo todo y salir corriendo, y si se ponía a cantar, ¡cómo debía de cantar!, ¿qué otra

cosa podía hacer yo? ¿taparme los oídos? Si hubiera acercado los labios a mis oídos, ¿qué me quedaba por hacer? ¿salir pitando?, si me hubiera colocado la mano en la pierna, entonces, ¿qué podía haber hecho? ¿cortársela? – o: ¿cortármela yo? Así es como te cogen, como un gilipollas, mira, nos la tendremos que sujetar bien fuerte, hay que aguantarse, ¡para estar bien seguro de que no te dejas coger! Nosotros, compañero, nosotros los extranjeros, tenemos que aguantárnoslo todo, y además sujetárnosla bien fuerte: lo fundamental en mi idea de sindicato, es que no se te empalme nunca, en ninguna ocasión, mientras todo esté dirigido por ese clan secreto, el pequeño clan que controla los ministerios, la policía, el ejército, el trabajo, incluso a esas hijas de puta tan monas, de pelo rubio y rizado, y con una pinta tan frágil que resulta increíble, pero también ellas, como todo el mundo, se han cambiado de bando, que no se te empalme, no disfrutar, aguantarse cueste lo que cueste, porque es ahí donde acechan y nos joderían vivos, con todas nuestras fuerzas y por todos los medios, hasta que ganemos, hasta que por fin se imponga mi idea de un sindicato internacional, y entonces todo será nuestro, los cafés, la calle, las hijas de puta, los niños pijos y sus armas, la tierra entera y también el cielo, y entonces les tocará disfrutar a las ratas, compañero, habrá llegado nuestro turno, y a mí, el ejecutor, yo estoy hecho de huesos, de músculos y de sangre, a mí, despojado desde siempre, desde siempre obligado a aguantarme, me habrá llegado la hora de liarme a golpes, y no pienso privarme, buscaré por todas partes, ¿dónde están ahora aquellos que me vomitaban encima? Y los encontraré a todos, porque habrá llegado la hora en que no tengamos que aguantarnos más, compañeros: arrancadles el pellejo, disfrutad, correos ahora, todo lo que podáis, todo lo que os habéis aguantado desde hace tanto tiempo, sacudirles a fondo, destrozad sus jetas de matones, sus jetas de superlujo, ellos que disfrutaban entre sí y disfrutaban de nosotros desde hace tanto tiempo- pero también diré: si encontráis por ahí, dando vueltas y más vueltas, con los hombros para atrás, en plan de exhibición como los chulos, a uno de esos muchachos nerviosos salidos directamente de su madre, abandonado en una esquina, sin motivo, uno de esos que dan vueltas y más vueltas como hacen los chulos, entonces, dejadlo, no le golpeéis, no le toquéis, es todavía un niño, un niño al que hay que defender, - y en eso consiste mi idea, y eso, te lo juro, no tardará mucho, incluso si ahora estamos casi sin dinero, sin trabajo, incluso si yo no tengo un habitación para dormir esta noche, y tú, por el momento, tienes que seguir desconfiando, y si te preguntan: ¿Quién es ese extranjero que está contigo?, contestas: no sé, no sé, y si insisten, dices: no le conozco me ha abordado en la calle, cuando doblaba la esquina, me ha pedido una habitación donde pasar la noche, ni siquiera toda la noche, no le había visto nunca, porque bien que me he dado cuenta, de lejos, de que eras un niño, algo así como un gamberro abandonado en una esquina, el más leve soplo

de aire te arrastraría y se te llevaría volando, y, al salir corriendo detrás de ti, una, dos, tres veces, ya no hay nada, sólo una calle vacía y la lluvia, entonces, esta vez, no quería perderte, no dejé nada al azar, me preparé a fondo: no quise que los gilipollas se interpusieran en mi camino, negocié con ellos, les seguía la corriente, hacía como que escuchaba sus gilipolleces, de acuerdo con todos ellos – las gilipolleces que se dicen, ahí fuera, todas las noches, a pesar de esta mierda de lluvia y de esta luz, tan triste, son sandeces que no existen más que en el cerebro de los gilipollas, y, si uno quiere caerles bien, das tu opinión, te inventas colores, mira, yo les estaba contando un cuento, disimulaba que soy extranjero y les daba mi opinión sobre cualquier cosa, los problemas generales, las cuestiones particulares, la moda, la política, y me salió bien, seguía la corriente, les seguía siempre la corriente con tal da ahorrar fuerzas para cuando te abordase, y, mira, me decía: nada más fácil que seguirles la corriente, caerles bien para que no te pongan trabas – nada podía traicionarme, mi pijo extranjero, lo tenía bien escondido, bajo control, la mano sobre la bragueta, y me aguantaba las ganas de mear, y arriesgarme a que me descubrieran, así por descuido, al darle de beber, porque, en tal caso me habrían reconocido, sin la menor duda, como un extranjero, pero por el momento la cosa marchaba bien, en esa luz increíble que no deja ver nada, que hace de todos esos bocazas de los cafés y de la calle hermanos de idéntica mirada e idénticas preocupaciones, que encubre a aquel que pone su pensamiento en otra cosa, extranjero a todos ellos, mi mirada secreta rastreaba más allá, y como ellos seguía la corriente, sonriendo y de acuerdo, medio borracho ya de preocupaciones postizas, pensaba:; mi pensamiento está puesto en otra cosa, tengo que disimular, y cuando te vi, me puse a correr, corrí, corrí, pero nadie me puso trabas, me había preparado, me había hecho amigo suyo, les había escuchado mientras disimulaba mi diferencia, y ahora mi huida les sorprende, no se enteran hasta que llego a la esquina, se dan cuenta de que soy extranjero, empiezan a perseguirme con su gilipollez auestas, se preparan para sorprenderme en otro sitio, a bajo, dentro de un rato, pero yo ya te había abordado, decía: te he visto cuando doblabas la esquina, perdona, estoy medio borracho, no debo de estar muy presentable, pero no tengo habitación, busco una habitación sólo para esta noche, sólo para un rato, porque de aquí a poco tiempo se me habrá pasado la borrachera, te pido cinco minutos – decía entonces que estaba borracho y pedía cinco minutos, la cabeza a medias atestada de gilipolleces, y a medias prendada de ti, no me atrevía a mirarte de lo confuso que estaba, todavía, con la moda, la política, los sueldos – cuando trabajaba, mi sueldo era como un pájaro diminuto, entraba, yo lo encerraba y, en cuanto entornaba la puerta, salía volando de pronto y no volvía nunca, ya no había nada que hacer como no fuera echarlo de menos el resto del tiempo, ahora, ya no trabajo -, pero seguía sin atreverme a mirar

a aquel a quien tenía por fin cogido del brazo: pido sólo cinco minutos, que se pase la borrachera, entonces nos sentaremos, le invitaré a tomar un café, le sentaré frente a mí, enfrente del espejo que está a mi espalda, y me olvidaré de todo lo demás, de la mierda de lluvia, la mierda de luz, los gilipollas de paseantes y los colores tristes que me han metido en la cabeza, y le miraré, me atreverá a hacerlo, a pesar del pelo todavía mojado, a pesar de la ropa que no termina de secarse, esperaré a pesar de todo hasta recuperarme, - busco una habitación para un rato, porque no encuentro la mía: en cuanto te vi en la esquina quise pedírtela a ti, por nada del mundo se la habría pedido a uno de esos gilipollas con los que andaba paseándome, a pesar de que no me parezco a ellos (supongo que se nota), pero tenía varios motivos para pasearme con ellos, manteniendo siempre en secreto una parte de mí mismo que anda buscando una habitación donde no estar encerrado con un gilipollas, obligado a disimular que soy extranjero, obligado a hablar de moda, de política, de sueldos y de comida, todos estos gilipollas de franceses con las misma jetas y las mismas preocupaciones, hablando de comida incluso bajo la lluvia, siempre siguiéndoles la corriente y siempre hablando de comida, y yo, asintiendo, para tener luego la libertad de salir corriendo, correr, correr, yo, que no como, que no como nada, que me vuelvo cada día más ligero, que gano peso sólo para poder buscar, a escondidas, lo que ando buscando, fuera del alcance de esos bocazas dispuestos en círculo, afuera, en los cafés, asentía, asentía, estaba borracho de oír hablar de comida, mientras notaba en mi espalda la corriente de aire que me hacía tambalearme, que me habría arrastrado, volando, de no haberme agarrado discretamente a aquellos bocazas amazacotados y a su gilipolles pesada como el plomo, me habría arrastrado de tan ligero como soy ahora, como las corrientes de aire te hacían desaparecer en las esquinas, cuando te vi, una, dos, tres veces, y me di cuenta de lejos de que aún eres un niño, entonces lo dejé todo, el viento me arrastró, y corrí, apenas sentía el suelo bajo mis pies, tan deprisa como tú, esta vez sin trabas, para abordarte al fin: tío no me tomes por un marica, por – que salgo corriendo, te cojo del bazo, te paro, te hablo sin conocerte de nada, pero yo ya te conozco lo bastante bien como para hablarte de eso – una chica e un puente -, no puedo callármelo, - además, ¿acaso un marica se atrevería a abordar a alguien no teniendo con qué, con el pelo y la ropa mojados? Ahora me ves con esta pinta, un poco descentrado (pero eso se arregla) y al primer vistazo me di cuenta de que tú eres de esos tíos legales con los que se puede hablar: no sé su verdadero nombre, el que ella me dio no era el suyo, por tanto yo tampoco pienso contarte cómo era, nadie sabrá nunca quién se acostó con quién, durante toda un anoche, en un puente, en pleno centro de una ciudad, aún quedan huellas, allí, en la piedra: vas paseándote sin rumbo, una noche por casualidad, ves a una chica inclinada sobre el agua, te acercas por casualidad, se vuelve, te dice: mi nombre es mama, no

me digas el tuyo, tú no le dices tu nombre, le dices: ¿adónde vamos? Ella te dice: ¿adónde quieres ir? Nos quedamos aquí, ¿no?, entonces te quedas ahí, hasta que se marche al amanecer, durante toda la noche le pregunto: ¿Quién eres? ¿dónde vives? ¿qué haces? ¿dónde trabajas? ¿cuándo nos volvemos a ver? dice, inclinada sobre el río, no me voy nunca de aquí, voy de una orilla a otra, de una pasarela a otra, remonto el canal y vuelvo a río, miro las gabarras, miro las esclusa, busco el fondo del agua, me siento al borde del agua o me inclino sobre ella, mira, yo no puedo hablar más que en los puentes o en las orillas, y no puedo amar como no sea ahí, lejos de aquí estoy como muerta, me aburro todo el día, y cada noche, vuelvo cerca del agua, y ya no nos separamos hasta que se hace de día-, entonces se fue yo dejé que lo hiciera, sin moverme (por la mañana, los puentes están llenos de policía y de gente), hasta el mediodía me quedé en mitad del puente, no es su verdadero nombre y yo no le dije el mío, nadie sabrá nunca quién amó a quién, una noche, acostados sobre el reborde del puente (a mediodía, aquello está lleno de de ruido y de policía, no puedes quedarte, sin moverte, en mitad de de un puente), entonces me pasé el día escribiendo en las paredes: mama te quiero te quiero, en todas las paredes, para que tuviera que leerlo por fuerza, estaré en el puente, mama, toda la noche, el puente de la otra noche, todo el día, corrí como un loco: vuelve mama, y por la noche esperé en mitad del puente, y en cuanto se hizo de día volví a empezar, las paredes, todas las paredes, para que no tuviera más remedio que verlo: vuelve al puente, vuelve una vez, sólo una vez, vuelve un minuto para que te vea, mama mama mama mama mama mama pero joder, como un gilipollas, estuve esperando una noche, dos noches, tres noches y aún más, registré todos los puentes, corrí de uno a otro, varias veces cada noche, hay treintaún puentes, sin contar los canales, y durante el día no paraba de escribir, las paredes estaban cubiertas, era imposible que no lo hubiese leído, pero no vino, joder, y ya no vendrá más, pero yo seguí escribiendo en las paredes, y seguí registrando todos lo puentes, hay treintaún puentes sin contar los canales, y no la he vuelto a encontrar nunca más, inclinada sobre el agua, y ahora, a mí, estas historias me comen la moral, porque todo se lía en cuanto la cosa va demasiado en serio, conozco a una mujer que murió porque la cosa fue demasiado en serio, me come la moral la cantidad de gente que moriría si fuese más fácil, la cantidad de gente que se lo tomaría en serio si encontrase la manera de hacerlo, si no tuviéramos miedo de cómo hacerlo, no estás nunca seguro de salirte con la tuya, la cosa puede durar mucho tiempo, y cuando encontremos una jodida manera de hacerlo, suave, asequible, menuda masacre se iba a organizar por historias como esa, historias que van siempre demasiado en serio, una masacre de la hostia, seguro, como esa mujer que se salió con la suya tragando tierra, se va al cementerio, se pone a cavar junto a las tumbas, coge tierra con las manos, la tierra más profunda, y se la traga – historias como ésta, si las

escuchas, si te dejas llevar, acaban por desquiciarte -, porque la tierra de los cementerios, la que está en contacto con los ataúdes: tú que enfrías los muertos, tú que tienes la jodida costumbre de enfriarlo todo, hasta el fondo y sin retorno, ¡enfría de una vez a esta desquiciada! -, ¿Quién le metió en la cabeza que un rollo así funciona? A esa puta loca que se puso a tragar tierra hasta el final, en medio del cementerio, yo lo vi, con mis propios ojos, - que alguien fuera capaz de meterle ese rollo en la cabeza, me come la moral, seguramente fue otra vieja puta, una de esas que se saben algunos trucos – una masacre de la hostia, y muy muy suave – pero todo el mundo no se pone a tragar tierra, si se hubiera inventado cómo hacerlo (en vez de tierra, unos polvos ligeros, de esos que apenas se notan, gratis para todo el mundo, y que te dejan a gusto cuando la cosa va en serio) todo el mundo optaría por el frío a la primera, porque, si uno las deja correr, cualquier historia, incluso la más insignificante, se pone a ir en serio, y te lía, te lía completamente, pero esa que te cuento, esa era un puta, la había visto una noche, en la calle de las putas, asomada a una ventana de un cuarto piso, y desde allí la seguí, hasta el cementerio, cómo creer que una puta haga algo parecido, incluso cuando les entra la chifladura, luego te enseñó la ventana, mira, yo, ahora, prefiero montármelo por mi cuenta y abrirme: ¿te viene bien? ¡de acuerdo!- abrirme antes de que se ponga a hablar, o hacer como que no entiendo nada, de otro modo te cuenta todo lo necesario para dejarte la moral hecha polvo, yo, mira, prefiero montármelo sin más historias: ¿te parece bien? ¡O.K.! -, y abrirme, tranquilo, justo antes de las grandes declaraciones, además, a la primera se sabe lo que hay que saber, conoces todo lo que tienes que conocer, podría vivir doscientos mil años con una tía sin conocer, después de trescientos mil años, nada más de lo que supe a primera vista, por eso lo prefiero así: ¿te va el rollo? ¡pues adelante! – y abrirse a toda marcha, una vez sabido todo lo que haya que saber, habiendo pensado lo que hubiera que pensar, habiéndome hecho un idea sobre el asunto, porque , tío, ¿qué te crees? ¿Cómo hacerse una idea de alguien sin haber follado con ella? Te pasas doscientos mil años con ella sin follar, y sigues sin saber nada, sólo las grandes declaraciones que te vuelven majara, qué sabes de ella por las grandes declaraciones, si no sabes como es antes, si no sabes cómo se mueve, cómo respira, si habla, si monta su numerito, o si, al revés, le gustas de verdad y no dice nada, se contiene, lo guarda todo en secreto sólo para ti y para ella, qué se puede llegar a conocer de alguien si no sabes cómo respira después de follar, si permanece con los ojos cerrados si no escuchas, largo rato, el ruido y el tiempo que tarde en respirar una vez, dónde coloca el rostro y qué cara pone ahora, cuanto más se alargue el tiempo de la respiración y más la escuches respirar, sin moverte, más sabes de ella, pero en cuanto abre los ojos, se endereza, se apoya en la barbilla, te mira, se pone a respirar como todo el mundo, abre la boca y ves las grandes declaraciones a punto de salir, entonces, mira, yo

prefiero abrirme, y ¿de acuerdo? ¡de acuerdo! – pero esa noche, yo estaba solo en la calle de las putas, un viernes por la noche cuando aún trabajaba y no tenía que trabajar al día siguiente, entonces levanto los ojos, y veo, en una ventana de un cuarto piso, a una puta con pinta de chiflada, - si quieres ir, iremos a verla, la jodida ventana, yo no voy solo por allí, me come la moral, sobre todo una noche como ésta, no es que la noche del viernes me dé más miedo que otras, al contrario, ahora que no trabajo, echo de menos aquello, la noche del viernes, cuando no hay que ir a trabajar al día siguiente, cuando se nota el cansancio del mundo entero pero nadie está dispuesta a ceder, la gente se acalora, se desmanda, todo el mundo anda dando voces y hablando de zumbarse, aquí, los tíos vociferan mucho, pero se toman su tiempo para zumbarse, - en mi país, uno se lía a golpes rápido, sin voces, no vamos de tímidos, mientras aquí te hacen cantidad de preguntas : ¿buscas algo? ¿decías algo? ¿qué miras? ¿te hace gracia? ¿te apetece tocarme?, - si le tocas, se dedica a preguntarte durante cantidad de tiempo si le tocas de verdad, antes de zumbarte, yo, en cambio, me lío a golpes enseguida sin cortarme un pelo, te lo puedes creer, pero bueno, lo que estoy mirando, en una ventana del cuarto piso, es la puta con pinta de desquiciada, abre la ventana, mira de vez en cuando por encima del hombro, la abre suavemente, desaparece y luego vuelve, con una jeta de desquiciada increíble, y un enorme montón de ropa en los brazos, más tarde iremos a ver el sitio, si no te da demasiado miedo, conmigo no hay porqué tener miedo, yo me lío a golpes cuando me dirigen la palabra, entonces todo el mundo en la calle de las putas ve caer un pantalón como si fuera un saco, en plena acera, y una chaqueta roja que flota como un paracaídas, un slip y una camisa ligeras, parecen de seda, se enganchan en la farola, la corbata se pone a ondear, todo el mundo contempla la jeta verdaderamente chiflada de la puta inclinada en la ventana, mientras mira la ropa caer y ondear - ¡ahora está en cueros!, ¡está en cueros!- a ese le ha tocado un chiflada, se dice todo el mundo, en la calle, mientras mira en la acera y lo demás que ondea como una bandera en la farola, cómo figurarse algo así de una puta, en los tiempos que corren incluso las putas son peligrosas, eso piensa todo el mundo mientras se ponen a dudar incluso de la calle de las putas, ¿adónde ir? se dice todo el mundo mientras se levantan el cuello del abrigo, y se apartan todos – adónde ir, adónde ir ahora, se preguntan, como si, ahí arriba, le hubieran asignado en un plano las zonas en las que deben permanecer toda la semana, con puertas que dan cada viernes por la noche a la calle de las putas o a algún sitio parecido: adónde ir, no hay otra salida, y, mira, desde que no trabajo, he localizado todas las zonas que los cabrones nos han asignado en sus planos, y en las que nos encierran con una raya lápiz, las zonas de trabajo para toda la semana, las zonas para la moto y aquellas otras para el ligue, las zonas de mujeres, las zonas de hombres, las zonas de maricas, las zonas de tristeza, las zonas para charlar,

las zonas de pesadumbre y las del viernes por la noche, la zona del viernes por la noche que se me ha perdido desde que lo he mezclado todo, y que quiero volver a encontrar por lo a gusto que me sentía allí tan a gusto que no sé cómo explicártelo, pero, desde entonces, ya no trabajo, y todo está mezclado en sus planos de mierda, todas estas noches he andado buscando dónde estaba el viernes por la noche, cuando me encontraba a gusto, sin tener que ir a trabajar mañana, he follado en un puente, he ido dando tumbos por barrios extranjeros, solo, tan solo que no sé cómo explicártelo, vendrás conmigo para ver si nos orientamos, no hay por qué tener miedo, yo, mira, me lío a golpes rápido y sin cortarme y además el viernes por la noche, con todo su cansancio y su jeta, los tíos están acalorados, tienen más miedo que nosotros, se ponen a dar voces por miedo, se lían a golpes por miedo, se destrozan la jeta con miedo, más del que tenemos nosotros, miedo en los puños, en las piernas, en la boca, miedo de que les miren, miedo de que no les miren, miedo de que les tomen el pelo o de que nadie les haga caso, miedo de los demás gamberros que se les parecen demasiado, y aún más miedo de aquellos que no se les parecen en nada, vendrás conmigo, y te enseñaré la ventana desde donde la puta miraba la ropa que ondeaba, entonces sale un tío, furibundo, andando a toda prisa, y detrás la voz de la puta: ¡debajo del abrigo está en cueros!, ¡debajo del abrigo está en cueros!, - el tío recoge su chaqueta, su pantalón, y mira la camisa, furioso, el slip y la corbata que ondean como si fueran banderas en lo alto de la farola, todo el mundo se levanta el cuello del abrigo y se pregunta: ¿adónde ir? ¿adónde ir? La puta corre tras el tío como una chiflada, también ella está medio en cueros, ves al tío meterse en su coche, encender el motor, y la puta que se agarra a la puerta, se sube al capot: ¡no le dejen marcharse!, ¡no le dejen marcharse! – y el tío, furibundo, arranca de cualquier manera, todo el mundo se aleja mirando por encima del hombro y buscando adónde ir, adónde ir, dios santo, si incluso las putas, cómo imaginar esto de una puta, entonces ella se deja caer del coche, se tira delante de las ruedas, y el tío, furibundo, tiene que pararse, claro, se pone a pitar como si estuviera chiflado, pero la puta sigue tirada delante del coche, todo el mundo se aleja mientras se levanta el cuello del abrigo: ¡socorro, socorro!, ¡no le dejen marcharse!, todo el mundo se ha largado, salvo algunas putas viejas, seguro que una de éstas le fue con el cuento: vas al cementerio, la tierra tiene por costumbre enfriar a las tías y a los tíos chiflados, ¿quién le contaría que el rollo ese funciona? Y, mira, ahora, ir a esa calle, solo, me come la moral, porque siempre pregunto: ¿conocen ustedes a la puta, la que se murió por haber tragado tierra? Me dicen que estoy chiflado, ¿conoce usted a la puta del cuarto piso? Llaman a los chulos para librase de mí, pero, mira, yo la he visto, muerta, en el cementerio, y ahora sólo de pensar en aquello, tío sólo de pensarlo, me pongo enfermo, me entran ganas de ponerme a beber (si no fuera por el dinero), de largarme

de aquí (si supiéramos adónde ir), de estar en una habitación, tío, donde podamos hablar, aquí, no logro decirte lo que tengo que decirte, tendríamos que ir a otro sitio, sin nadie entorno nuestros, sin problemas de dinero y esta mierda de lluvia, a gusto, sentados en la hierba, algo así, que no tengamos que movernos, con todo el tiempo del mundo por delante, con la sombra de los árboles, entonces, entonces diría: ésta es mi casa, estoy a gusto, me tumbo y chao, pero eso, tío, imposible, ¿conoces algún sitio donde te dejen estar a gusto, donde te dejen tumbarte y chao? No se olvidan nunca de ti tío, no hay nada que hacer, se preocupan por ti, te empujan, no te dejan en paz, de trasiego todo el día, te dicen para acá, y uno se viene para acá, para allá y coges y vas para allá, mueve el culo, venga, y a hacer las maletas, cuando trabajaba, me pasaba la vida haciendo las maletas: a trabajar a otro sitio, siempre hay que buscarse la vida en otro sitio – sin tiempo para desahogarse, sin tiempo para alucinar, sin tiempo para tumbarte en la hierba y decir: chao, te mandan que te mudes a patada limpia, a trabajar a otro sitio, más lejos, aún más lejos, son capaces de llevarte a empujones hasta Nicaragua, así de claro, porque a los de esos países, los traen a empujones sin más historias, y cuando llegan aquí, nada de hablar, nada de dormir, nada de alucinar, si quieres trabajar, andando, mira, si nosotros, los gilipollas de este lado, nos dejamos tomar el pelo, acabarán llevándonos a patadas hasta Nicaragua, y los gilipollas del otro lado se dejan tomar el pelo y aterrizan aquí, pero mientras tanto, el trabajo siempre hay que ir a buscarlo a otro sitio, nunca puedes decir: ésta es mi casa y chao (por eso yo, cuando me voy de un sitio, siempre tengo la impresión de dejar algo que era mi casa más que allí adonde voy, y cuando te dan un nuevo empujón y te vas otra vez, allí donde vas a ir, serás aún más extranjero, y así siempre: cada vez eres más extranjero, cada vez estás menos en casa, te empujan cada vez más lejos, con tal de que no sepas adónde vas, y cuando te vuelves, tío, cuando miras detrás de ti, siempre, siempre es el desierto), pero con tal de que uno se pare un buen rato y diga: que os den por culo, no pienso moverme de aquí y me vais a escuchar, si te tumbas en la hierba de una vez por todas y te tomas el tiempo necesario para desfogarte, tú largas tu rollo y los que han venido a empujones desde Nicaragua te cuentan el suyo, nos decimos unos a otros que somos más o menos extranjeros pero chao, ahora, tranquilos, vamos a escuchar todo lo que tengamos que contarnos, entonces te das cuenta, y yo me di cuenta de eso, de que te están tomando el pelo, mira, yo me paré, escuché, me dije: ya no trabajo más hasta que dejen de tomarnos el pelo, de qué sirve que Nicaragua se traslade hasta aquí, y que yo tenga que marcharme hasta allá, si en todas partes es lo mismo, y cuando todavía trabajaba, les hablé de mi idea de sindicato internacional a todos los infelices llegados de no sé dónde que aterrizan por aquí en busca de trabajo, y me escucharon y yo escuché a los nicaraguas cuando me hablaban de su país, allí hay un general viejo que

se pasa los días y las noches junto a un bosque, le llevan de comer para que no tenga que marcharse, y que dispara sobre cualquier cosa que se mueva, le llevan más municiones en cuanto se le terminan, me hablaban de un general y de sus soldados, rodean el bosque y tiran al blanco sobre cualquier cosa que emprenda el vuelo por encima de las hojas, todo lo que aparezca en el lindero, todo lo que avistan que no sea del mismo color que los árboles o que no se mueva como ellos, mira, me escucharon y yo les escuché, y me dije: en todas partes es lo mismo, cuanto más me dejo empujar, más extranjero soy, ellos terminan aquí y yo terminaré allí – allí donde todo lo que se mueve ha ido a esconderse en las montañas, a orillas de los lagos, en los bosques, mientras un general, con todos sus soldados, recorren las montañas, registran bosques, y tiran al blanco sobre cualquier cosa que se mueva, cualquier cosa que no sea del mismo color o que no se mueva igual que las piedras, el agua y los árboles, oí aquello y me paré, ya no me muevo más, digo: aquí está mi casa, si no hay trabajo, pues no trabajo, si el trabajo me vuelve majara y me tratan a empujones, tampoco trabajo, quiero tumbarme, quiero desfogarme de una vez por todas, quiero hierba, la sombra de los árboles, quiero dar voces y poder dar voces, incluso si disparan, en vista de que es eso lo que van a terminar haciendo: si no estás de acuerdo, si abres la boca, tienes que esconderte en el fondo del bosque, y te exterminan a metrallata limpia en cuanto ven que te mueves, pero entonces da igual, por lo menos te habré dicho lo que tenía que decirte, aquí no puedo, pero en otro sitio, en una habitación donde pasar la noche, aunque sólo sea un rato, porque me iré antes de que se haga de día, antes de que te aburras, me iré a tiempo, antes de que a ti te entren ganas de abrirte, porque si acabaras hartos, si me dejabas tirado a la mitad, antes de que yo haya tenido tiempo, mira, yo no soy el típico tío sentimental, o que esto le afecte (y tú puedes hacer lo que te dé la gana), pero mira, yo me conozco de sobra a los tipos duros, coges uno de esos matones, de los duros de verdad (un tipo de esos que más vale que no se fije en ti cuando está acalorado), pues bien, si tú, tranquilamente, así, sin que haya pelea, le pinchas un poco, al tío ese, con un alfiler en el brazo, cuando vea, de buenas a primeras una pequeña gota de sangre (de su propia sangre, y cuando estén tranquilos, sin acaloramiento, sin razón alguna), el más duro de esos matones se te pone pálido, le da un soponcio y se cae redondo, y todo por esa estupidez, bueno, mira, yo no soy uno de esos tíos sentimentales, pero, si te abrieras pronto, de todos modos, no es sólo eso, si me tomaras por un cero a la izquierda, porque hoy a lo mejor piensas que es así, hoy la cosa no funciona, yo no puedo estar contento de verdad, no como estos tíos de por aquí que siempre parecen contentos, siempre dispuestos a disfrutar, yo ando siempre preocupado, siempre dándole vueltas a alguna historia, de pronto se me vienen a la cabeza, historias de bosques donde nada se mueve a causa de las metrallatas, o historias de

putas enterradas sin que nadie sepa nada, mientras que estos de por aquí no tienen nada de qué preocuparse, están siempre dispuestos a divertirse, dispuestos a disfrutar todo lo que puedan, como sea y cuando sea, sin pensar más que en cómo montárselo, todos estos gilipollas de franceses dispuestos a montárselo en su agujero, sin la más mínima preocupación que les impida hacerlo, joderlo todo, jodernos vivos, su mierda de jodienda de gilipollas, mientras que yo, mira, yo ando siempre preocupado, no digo que la cosa no marche nunca, soy más bien como uno de esos tíos que no disfruta nunca del todo por causa de esas historias, a veces incluso me siento bien, muy bien, como ahora si no me echas y tengo tiempo, pero por dentro, anda siempre la tristeza, tanta que no sé cómo decírtela, a lo mejor te aburres también con esta historia (porque hoy seguramente ando hecho polvo, pero un día), y tal vez te abras antes, mira, yo no soy del tipo sentimental (has lo que te dé la gana), pero entonces me contaré a mí mismo lo que sea, que me gustaría ser como cualquier cosa que no sea un árbol, escondido en un bosque en Nicaragua, como el pájaro más diminuto que quería emprender el vuelo por encima de las hojas, y todo alrededor filas de soldados con metralletas, apuntándole y acechando un movimiento suyo, y lo que tengo que decirte, no es aquí donde podría decírtelo, tenemos que encontrar hierba para tumbarnos, todo el cielo por encima nuestro, y la sombra los árboles, o bien una habitación donde tengamos tiempo, pero si piensas que busco sólo una habitación, no, no tengo sueño, y nada más fácil de encontrar que una habitación para una noche, la calle está llena de gente que busca habitaciones y ofrece habitaciones, y si crees que es sólo para hablar, no, a mí eso no me hace falta como a todos esos gilipollas de ahí afuera, no soy como ellos, soy un tío, mira, mejor que hablar, prefiero seguir a una tía guapa para miarla, sólo para mirarla, para qué hacer algo más que mirar a un tía guapa, casi prefiero, mejor que mirar a una tía, andar, sólo eso, estoy dispuesto a pasarme la vida andando, correr de vez en cuando, pararme en un banco, andar más deprisa o más despacio, sin hablar nunca, pero tú, no es lo mismo, me di cuenta en cuanto te vi, y ahora tengo que explicártelo todo, ya que he empezado, sin que te abras y me dejes tirado como un gilipollas, incluso si ahora ando hecho polvo, aunque siga con el pelo y la ropa mojados, aunque no me gustaría mirarme en el espejo que está a mi espalda, mientras que a ti, la lluvia no te ha mojado, ni siquiera te ha rozado, el tiempo no roza, por eso acerté al comprender que no eres más que un pequeño niño, nada te roza, nada se mueve, nada se pone feo, yo, mira, evito los espejos y no dejo de mirarte, a ti que no cambias, y si no fuera por el dinero, te invitaría a cerveza – mejor que café – y entonces estaríamos del todo a gusto, nos tomaríamos unas cervezas, como me hubiera gustado hacer desde el principio, ya me he tomado una, y luego otra, o tres o cuatro o más, ya no sé cuántas, todo mi dinero, quería gastármelo, nos lo gastaríamos ahora, si no fuera porque me

lo han robado hace un momento, tenía suficiente dinero para toda la noche, beber cuantas cervezas hubieras querido y estar a gusto, pero me lo han robado en el metro, una cerdada, ya no me queda, para toda la noche, más que las monedas que llevaba en el bolsillo de delante, lo justo para dos cafés, y salí corriendo detrás de ellos, como si anduviera buscándomela, hasta que me lo robaron, y me dieron una paliza, de propina, en el pasillo del metro había dos macarras, con pintas de esas que se adivinan a un kilómetro, planean algo, están a verlas venir, unos macarras bien plantados y en plan de exhibición, me pongo a correr tras ellos y me digo: nos tomamos unas cañas, - esa clase de macarras tan bien plantados que siempre me dan ganas de seguirles para decirle a uno de ellos: dame tu ropa, tus zapatos, tu pelo, tu forma de andar y tu jeta, tal cual, sin cambiar nada, yo te doy lo que quieras (y, si me lo diese, ni siquiera me volvería para ver en qué me he convertido), ellos no se volvieron, no me habían visto, no les pierdo de vista y subo detrás de ellos en el primer metro que pasa, me digo a mí mismo: les invito y nos tomamos una cerveza, pasamos la noche juntos, sin muermos, - pero entonces noto que detrás de mí uno de ellos me mete la mano en el bolsillo del pantalón, me saca la cartera, no me muevo, siento que estoy a la altura, entonces digo: - O.K., no hagas el gilipollas, os invito y nos tomamos unas cervezas, después, nada de amuermarnos, ya veremos lo que hacemos -, el macarra de detrás de mí mira a su compañero, no dicen nada como si no me hubieran visto, -O.K. no hagáis gilipollas, me devolvéis el dinero, vamos a tomar algo, charlamos un rato y seguimos juntos -, siguen mirándose, como si no entendieran, y luego, poco a poco, con sólo mirarse, así, se ponen de acuerdo, empiezan a hablar, cada vez más alto, para que todo el mundo les oiga, sin mirarse: ¿qué pretende este tío? ¿quiere tocarnos los huevos? – me empujan hacia la puerta: a este marica lo apeamos en la próxima estación, vamos a encargarnos de él -, mira, yo, les digo: O.K. me devolvéis el dinero, y se acabó, pero ellos dicen: este maricón, va a ver lo que es bueno, vamos a encargarnos de él, - nadie reacciona, nadie se cree lo del dinero, todo el mundo se cree lo del marica, y me apean en la primera estación y cuando han terminado de darme una paliza como al más tirado de todos los maricones, cuando se largan con el dinero (a pesar de las voces que doy, pero nadie se las toma en serio), yo, mira, no me muevo todavía: sobre todo, tío, no te acalores, siéntate en el banco, no te muevas, quédate aquí – me quedo mirando, sin más y así está mejor: hay música, lejos, a mi espalda, uno que debe andar pidiendo al fondo del pasillo (O.K., tío, pero sobre todo, no te muevas), enfrente, en el otro andén, sentada, hay una vieja chiflada, toda de amarillo, que hace signos con los labios al sonreír (miro, escucho, la cosa sigue yendo bien), detrás de la barandilla, arriba, hay una mujer que se ha parado de golpe para tomar aliento, justo al lado mío hay un moro que se sienta y se pone a canturrear para sí mismo, por lo bajo, un

rollo en árabe (me digo: sobre todo, tío, no te acalores) y delante de mí veo, estoy seguro que veo: una muchacha en camión, con el pelo cayéndole por la espalda, pasa delante de mí con los puños apretados, con su camión blanco, se le descompone la cara, se pone a llorar, y sigue andando hasta el final del andén, el pelo alborotado, los puños así, y el camión, entonces, de pronto, a mí me da el ataque, esta vez va en serio, ya no aguanto más, estoy harto de todo esto, cada uno con su rollo, en su agujero, sus jetas, estoy harto de todos y me entran ganas de liarme a golpes, tengo ganas de darle una paliza a la mujer de ahí arriba, agarrada a la barandilla, tengo ganas de darle una paliza al moro que canta su rollo para él solo, y al tirado ese a mis espaldas, al fondo del pasillo, la vieja chiflada de enfrente, estoy harto de sus jetas y de todo este desbarajuste, con la chica en camión, en la otra punta del andén, que sigue llorando, y voy a darles una paliza, tío, tengo ganas de liarme a golpes con las viejas, los moros, los muros da baldosines, los ramales del metro, los inspectores, los policías, liarme a golpes con las máquinas, los carteles, las luces, esta mierda de olor, esta mierda de ruido, pienso en los litros de cerveza que ya me había bebido y que hubiera bebido todavía, hasta no poder tragar ni una gota más, ahí sentado con esas ganas de liarme a golpes, tío, hasta que se pase todo, y entonces, de pronto, todo se para de verdad: los trenes ya no pasan, el moro se calla, la mujer de ahí arriba deja de respirar, y la muchacha en camión, ya no se la oye resoplar, todo se para de golpe, salvo la música al fondo, y la vieja chiflada que acaba de abrir la boca y se ha puesto a cantar con una voz increíble, el tirado ese canta algo, por ahí lejos, sin que se le vea, y ella canta eso mismo, se responden y van a la par como si la cosa estuviera preparada (una música increíble, algo de ópera o una gilipollez parecida), pero tan fuerte, tan a la par, que todo se ha parado de verdad, y la voz de la vieja de amarillo lo llena todo, me digo a mí mismo: O.K., me levanto, salgo pitando por los pasillos, subo las escaleras a saltos, salgo del subterráneo, y afuera sigo corriendo, sueño con cerveza, corro, cerveza, cerveza, me digo: qué mierda, las melodías de ópera, las mujeres, la tierra fría, la chica en camión, las putas y los cementerios, y sigo corriendo, no noto nada, busco algo parecido a la hierba en medio de este desbarajuste, las palomas emprenden el vuelo por encima del bosque y los soldados disparan contra ellas, la gente tirada anda pidiendo, los macarras andan cazando ratas, corro, corro, corro, sueño con el canto secreto de los moros entre sí, compañeros, te encuentro y te cojo del brazo, tengo tantas ganas de una habitación y estoy completamente mojado, mama, mama, mama, no digas nada, no te muevas, te miro, te quiero, compañero, compañero, mira, he estado buscando a alguien que fuera como un ángel en medio de esta mierda, y tú estás aquí, te quiero, y todo lo demás, cerveza, cerveza, sigo sin saber cómo podría decírtelo, qué desbarajuste, qué mierda, compañero, y luego siempre la lluvia, la lluvia, la lluvia, la lluvia (1977)